

# INVIERNO

José Antonio Cotrina

La primavera no llegó. El verano pasó de largo. El otoño no encontró hojas que derribar. El Invierno se quedó para siempre.

Las ciudades se llenaron de escarcha y los glaciares invadieron las calles, sobre las aceras lo único que se movía era el viento frío. Las costas desaparecieron cegadas por el agua y el hielo.

Y nada se movía.

Y así un año, y otro, y otro más...

Los edificios, helados sus cimientos, se quebraron como ramas secas, sólo alguno asomaba ya de la capa de nieve envuelto en telarañas blancas.

El sol no salía nunca; la luna no brillaba; las ventiscas y las tormentas se adueñaron de la tierra.

Y nada se movía.

...y otro año, y otro más...

El frío tenía el azul del cristal y la consistencia del fuego. El frío cubría la tierra congelando hasta el mismo aire, dándole una apariencia casi sólida, llenándolo hasta rebosar de aceradas cuchillas ardientes. El frío quebró montañas y asesinó valles enponzoñándolos con el reflejo malévolos del hielo.

...y otro año, y otro año más...

Y la tierra se movió.

El sonido se propagó con una claridad diáfana, demoledora. Grandes carámbanos se desprendieron de sus nichos y su sonido al caer se unió al sonido de la tierra al moverse, y juntos agitaron a los grandes y somnolientos bloques de nieve que se apoyaban unos sobre otros en un precario equilibrio que pronto se vino abajo; las avalanchas demolieron los maltrechos edificios y el movimiento cesó, como había surgido, de repente, aunque sus ecos tardaron mucho tiempo en apagarse

Una figura verde escapó de la grieta nacida en el suelo, zigzagueó sobre el hielo, indecisa, luego se detuvo y comenzó a zumbar.

Y pasó una hora.

La oscuridad se reflejó en el hielo cuando la noche se levantó de su lecho nevado, no había nadie para recibirla. La figura había desaparecido, y con ella, la grieta. Sólo quedaban ya tres surcos paralelos que serpenteaban sobre el hielo hasta quedar cortados en seco.

Y nada se movió ya.

Y pasó un año, y una nueva figura surgió del suelo, avanzó a tientas en la oscuridad de la ventisca, se detuvo y zumbó hasta que las sombras comenzaron a

adueñarse del horizonte blanco. Entonces dio media vuelta y se coló por la grieta, que no tardó en cegarse.

Y pasó lo mismo al año siguiente, y año tras año la figura surgía para volver a desaparecer bajo tierra. Y año tras año la grieta se abría para volver a cerrarse.

Año tras año.

Y el frío seguía siendo amo y señor; lo sentían las nubes que se abrigan unas a otras creando tormentas cada vez mayores; lo sentía la tierra oculta bajo toneladas de hielo; lo sentían en el mismo corazón del mundo a pesar de los mastodónticos calefactores que intentaban mantenerlo fuera, a pesar de los recolectores que aprovechaban el calor de las corrientes de magma que todavía recorrían las entrañas del planeta, a pesar de todo, el frío llegaba a la sala de control, congelando las pantallas de los ordenadores y escarchando el suelo.

Sol acabó de arrancar un gran pedazo de hielo del suelo, ayudándose con un escoplo y una larga varilla rematada en una punta incandescente. Resopló cansado y aterido de frío, se abrochó el cuello de su abrigo aislante y volvió a resoplar con más fuerza creando inquietas nubecillas de vapor.

—El último grito en prendas aislantes —dijo, mordaz.

Gea le lanzó una mirada de complicidad y se sacudió una manga helada, un fino velo de polvo helado revoloteo hasta el suelo, su rostro estaba bañado en el acuoso azul que brotaba de la pantalla.

—Ellos nunca han estado aquí arriba —dijo—, nunca salen de sus calles con su calor programado y sus eternos quince grados. Aquí me gustaría verlos con sus ropas aislantes a la última moda. Quince grados...

—Es verdad. —Arrancó el último pedazo de hielo y observó la pantalla. Gea continuaba limpiando la fina capa de escarcha que recubría el cristal. La ciudad yerma, envuelta en su sudario blanco, pasó ante sus ojos a medida que el robot inspeccionaba el terreno. El robot comenzó a volcar datos a una de las pantallas. Sol casi pensó en un error cuando, tras la presión y la humedad del aire, le llegó el turno a la temperatura. La comprobó dos veces hasta que la seguridad le abrumó de tal forma que dejó de pensar en el frío.

—Gea... —Tragó saliva. La mujer le miró, extrañada—. La temperatura ha subido.

—¿Qué?

—La temperatura. Ha subido. Apenas dos grados, pero ha subido desde la última medición... ¡ha subido!

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, lo he comprobado...

—Hazlo otra vez. —Se colocó tras la silla mientras Sol tecleaba comprobándolo por tercera vez.

—Míralo, ahí lo tienes: 86 bajo cero.

Lo comprobaron de nuevo antes de informar abajo.

Habían pasado ya dos siglos desde que los hombres huyendo del frío buscaron refugio en el vientre de la tierra, y la humanidad hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de volver a caminar bajo el cielo.

Los más ancianos todavía recordaban los primeros robots de exploración que salieron a la superficie. Una tramoya espectacular rodeó todo el evento, todas las miradas estaban fijas en el robot esmeralda que ascendía hacia donde ningún hombre había puesto el pie hacía ya más de un siglo. Las imágenes que rodó el robot fueron transmitidas a la pantalla gigante instalada en la plaza de la ciudad, la multitud observó boquiabierta la maravilla que se extendía ante sus ojos: el esqueleto de la ciudad muerta con sus afiladas costillas apuntando a algún punto perdido en el cielo. La espectacularidad se repitió el segundo año, y el tercero, y el cuarto, pero al quinto casi nadie apareció por la plaza, la gente se había hartado ya de ver siempre la misma imagen, tan congelada como la misma tierra, tan congelada como sus propias esperanzas.

Pero ahora el espectáculo había regresado, había regresado y traía la esperanza consigo. De boca en boca corría el mismo lema: la primavera está llegando, decían. La primavera está llegando.

Júpiter sentó a su nieta en sus viejas rodillas, el rostro de la niña se desdibujó cuando las lágrimas se asomaron a sus ojos, se los secó con el dorso de un pañuelo de seda y se llevó una mano a la frente ajada.

—¿Por qué lloras, abuelito? ¿No estás alegre?

—Sí, sí... lloró porque estoy alegre, Luna, lloró porque podrás ver el sol.

—Alba dice que el sol no existe, ¿a qué si existe?

—Claro que sí. Existe y es hermoso.

Miró hacia el techo. La misma seguridad que le decía que su nieta llegaría a ver el sol le decía que él no tendría la oportunidad de verlo.

La luz artificial fallaba con frecuencia en el subsuelo, a veces los niños rompían a llorar y sus padres les consolaban con las mismas palabras con las que habían sido consolados por sus padres: es sólo una tormenta, una tormenta en la superficie, y los niños les miraban con sus enormes ojos curiosos y les hacían la misma pregunta que ellos hacían a sus padres ¿qué es una tormenta, papá? Y, como sus propios padres, no sabían qué contestar.

Se tomó la decisión de mandar un robot diariamente. La temperatura seguía subiendo, arañando grados bajo cero, trepando entre corrientes de mercurio. Hacia arriba, siempre hacia arriba.

—¿Qué opinas, Júpiter?

—Ya sabes que creo. La Tierra cree que hemos muerto.

—Viejo chiflado, sigues con tus teorías, no das tu brazo a torcer.

—No son mis teorías y lo sabes, tú también recuerdas a nuestros padres. Decían que llegó la guerra, y que tras ella, llegó el invierno, pero también contaban que la guerra no fue tan grave como para provocar tal desastre... Creían que...

—... que fue la misma tierra la que intentó, dolida por, ¿qué es lo que dices siempre? ¿Nuestro egoísmo?, ¿nuestra ansia de destrucción? ¿No crees que a lo mejor sabe que estamos vivos? ¿No crees que ha podido perdonarnos?

—Ojalá, viejo amigo, ojalá...

Y pasó un año.

Y la primavera despertó aterida, asomó su húmeda nariz entre bloques de hielo. Sus ojillos verdes contemplaron la desolación que había traído consigo el invierno y no halló placer en ello. Extendió su manto de hojarasca y detuvo al frío con un movimiento de su mano, suspiró y las nubes se apartaron y el sol, casi asfixiado, retornó al cielo y se coronó de llamas. Y la primavera sonrió y, satisfecha por un trabajo bien hecho, se tumbó sobre la nieve y descabezó un sueño.

El hielo temblaba asustado. Grandes bloques blancos se desprendían de las zonas altas de los glaciares que, poco a poco y sin perdón, veían mermado su tamaño. El invierno se sublevó pero sus huracanes y tormentas quedaban empequeñecidos ante los rayos del sol vengador. El hielo dejaba de existir y las lágrimas de su recuerdo pronto anegaron la tierra, hasta que todo fue agua y sólo agua, esta vez ni él más fuerte de los edificios soportó su empuje.

Y volvió el verano, y el otoño, y el invierno, cabizbajo, visitó su reino perdido, lloró sobre él y se dejó arrastrar por la primavera.

Y pasó el tiempo. Las aguas no volvieron a su cauce pero se retiraron de las zonas altas.

Y la grieta se abrió de nuevo. Dos figuras treparon por la hierba rala de una loma, llevaban gafas oscuras y eran pálidos como la nieve. Se les veía nerviosos y agitados.

—¿Qué es eso? —preguntó uno.

—El viento, sólo es el viento —respondió el otro

Las ruinas de la ciudad les rodeaban, la hierba y el musgo crecía por doquier. Las grandes moles derruidas se habían convertido en parte del paisaje.

—Es maravilloso... ¿Eso es el sol?

—Debe serlo.

—Es maravilloso, —repitió.

Y la gente volvió a caminar bajo el cielo.

Comenzaron a reconstruir.

Y pasaron los años.

La ciudad volvió a la vida, no tan majestuosa como antes pero ciudad al fin y al cabo, los humanos se hicieron dueños y señores de nuevo, no tan orgullosos como antes pero humanos al fin y al cabo.

—¿En qué piensas, Luna?

—En mi abuelo, no vivió para ver cómo resurgíamos de nuestras cenizas.

—Tu abuelo era un buen hombre, raro, pero bueno. Mi abuelo me decía que tenía la cabeza repleta de extrañas ideas.

—No hace falta que me lo digas, me las estuvo contando durante años. Me las sé de memoria. Quizá algún día te las cuente todas.

Miró hacia abajo, estaban en un pequeño montículo desde el que se veía el valle en toda su extensión, una alfombra de verdor de la que de pronto brotaban traicioneras las ruinas de la ciudad, luego, el valle se combaba y se sumergía en las plácidas aguas de un mar que se extendía más allá de la vista. En el valle la gente se afanaba todavía en aprovechar los últimos días del verano. Luna sonrió, radiante.

—¡Venga, Alba! ¡Una carrera hasta tu casa!

Las dos echaron a correr valle abajo, pasando muy cerca del mantel extendido de una pareja que charlaba animosamente. Él le decía a ella que hacía mucho calor para la fecha en la que estaban, su voz estaba cargada de inocencia, de alegría. Sus palabras se clavaron en el corazón de Luna. Y su mundo se detuvo. Luna se paró con él y recordó a su abuelo, y su mente se llenó de llamas, de vidas ardiendo, de volcanes eructando fuego y magma, de ríos de lava desembocando en mares de sangre hirviente, de desiertos resquebrajados y cuerpos carbonizados... y a pesar del calor comenzó a temblar.

El otoño no llegó. El invierno pasó de largo. La primavera murió calcinada. El Verano se quedó...

Para siempre.